

LUZ CASAL, cantante

Es una de las artistas españolas más completa y carismática del panorama internacional. Se lo han reconocido desde su primer disco –premio revelación de la crítica– al Goya, el Ondas o el trofeo a la Excelencia Musical en los Grammy Latinos. Hasta llegar a las grandes declaraciones oficiales, que pasan por las Llaves de Oro de París y Madrid, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes de nuestro país –acaba de concedérsele el Premio Nacional de las Músicas Actuales– a la condecoración de Caballero de las Artes y las Letras de Francia, donde sienten fascinación por ella desde que descubrieron su voz en la banda sonora del film de Almodóvar *Tacones Lejanos*. JUAN ANTONIO LLORENTE

«Por el público haces cosas que por ti misma no harías»

–Cuando con siete años cantaba por los pueblos, ¿estaba ya la rockera rebelde?

–Creo que sí, porque el rock fue la primera música que elegí. No es lo mismo comprarse un disco de Los Pecos que uno de Janis Joplin. Y eso se ha mantenido.

–La metamorfosis de aquella Mari Luz, ¿da como resultado la Luz de hoy?

–Eres el resultado de todo lo que escuchas, de todo lo que vives; de todas las influencias. De las recomendaciones que te pueda hacer un amigo sobre algo que pueda interesarte ver o escuchar. En los primeros años de mi llegada a Madrid, cuando decía que había estudiado ballet clásico o que había estado un año preparándome con una profesora de *belcanto*, parecía como un horror, como un pecado. Y yo me sentía fatal, porque siempre me ha parecido que, si es eso lo que necesitas, mejor será cuanto más amplios sean tus conocimientos. Sé que nunca seré una cantante lírica como Teresa Berganza, pero admiro esas voces, porque sé valorar lo que significa tener esa técnica, lo que supone físicamente emitir un sonido agudo, y lo que pasa en tu cuerpo y por tu cabeza cuando lo haces. Por eso digo que, sin ninguna duda, soy la consecuencia de todas esas cosas.

–¿En qué momento se siente segura de sí misma, constatando que su proyecto se ha consolidado?

–Casi siempre me he sentido segura de mí misma en un escenario y bastante insegura y dubitativa fuera de él. Pero, en líneas generales, cuando empiezo a sentir que lo que hago interesa a la gente. A lo mejor, si no hubiera tenido esa respuesta; si me hubiera dedicado a la música de una manera privada, sin necesidad del público, todo sería distinto. Porque también es verdad que hay gente que canta y no necesita la aquiescencia ni el aprobado de nadie. Si lo que haces precisa de una exposición y ves que cuando te sometes a ella te trae de vuelta unos aires que te gustan, porque te están dando el consentimiento para que sigas adelante... desde ese momento comienzas a tener esa seguridad. Igual que cuando empiezas a escribir y te parece que todo es una tontería tuya, sin saber por qué y para qué lo haces... Poco a

poco te vas dando cuenta de que también le pasa a más gente. Y que lo escrito, al ser leído por otro, escuchado en su voz, hace nacer una especie de corriente que comunica a esas dos personas.

–¿Qué papel juega el disco en esa evolución?

–El disco en mi caso equivale a fijar el instante y dejarlo ahí. Como la foto de un





momento determinado de tu vida. Un periodo que varía entre los tres o los cinco años, y pueden ser la consecuencia de un mes.

—Para algunos artistas, a veces funciona como un revulsivo al que no les gusta volver. No se sienten cómodos escuchándose.

—Yo no vuelvo a ellos a menudo. Cuando lo hago es casi siempre para retomar un ambiente que a veces, de tanto uso, vas perdiendo

hasta convertir la canción en otra cosa. Pero de ninguna manera soy de los que ponen sus discos a todo aquel que llega a su casa. ¡Qué horror!

«Casi siempre me he sentido segura de mí misma en un escenario, y bastante insegura y dubitativa fuera de él»

—¿Qué sintió en 1980, teniendo entre las manos el primero de sus discos, *El ascensor*, con el que ya le premió la crítica como artista revelación?

—Fue uno de los mejores momentos de mi vida. De las pocas veces que he tenido la sensación de ver que había cumplido un sueño. No recuerdo exactamente la fecha en que salió —poco antes o después del verano—, en cualquier caso era la recompensa a todo lo que me había costado llegar hasta ahí. Y la evidencia de que aquello en que



insistía una y otra vez en hacer, había fructificado.

–Son de imaginar los dolores, porque en ese terreno no es mujer de parto fácil. Entre un disco y otro median siempre cuatro o cinco años. Más incluso en el que ahora aparece.

–Todo me cuesta bastante, pero no me importa. Porque de ese modo, yendo a paso lento, también disfrutas. Una vez que consigues algo, por un lado sabes el esfuerzo que te ha causado y por otro vas disfrutando los pequeños avances hasta culminarlo.

–¿Qué enriquece su música, al margen de la música misma?

–Ante todo la experiencia vital: el conocimiento, la necesidad... O todo mezclado, cuando interpretas la canción. En ese momento, sacas

«El público es quien te exige. La situación que se crea frente a él es similar a cuando estás enamorada»

lo que eres. Allí cabe tanto tu personalidad como la impresión que tuviste esa mañana al recibir una llamada. O lo que te ha pasado cinco minutos antes de cantarla. Por eso es tan atractivo y tan especial este mundo: porque es inasible. Incluso para los que nos dedicamos a ello desde hace mucho tiempo y tenemos un conocimiento más o menos general de lo que significa. Nunca acabas de comprenderlo

todo o de saber ni la mitad de lo que quisiste. Es... es ¡la leche! (espeto con la naturalidad que le caracteriza).

–¿Le interesa la literatura?

–Esas exactamente serían mis aficiones básicas. También la pintura, que me sirve para explorar en mundos que de otra manera no podría conocer. Pero es verdad que literatura y naturaleza, aparte de la música, son los dos pilares a los que recorro las más de las veces.

–Para titular su biografía, Magda Bonet acudió al nombre de una canción escrita por usted: *Mi memoria es agua*. Y al agua vuelve ahora con la canción de Jobim Wave, donde dice *El resto es mar*. ¿Hay alguna imagen más cargada de sugerencias que el mar para alguien que ha nacido y vivido cerca de él?

–No. Y de hecho creo que mar es la palabra que más empleo. Comparable a esa no encuentro ahora mismo ninguna otra.

–Paul Badura-Skoda dice “ser músico es una mezcla de imaginación y autenticidad”.

–¡Buahhhh! (exclama valorando superlativamente las palabras del pianista). Eso ocurre en el caso de los excelentes. No siempre se da el caso, pero cuando sucede es tal y como el lo dice.

–¿Como dosifica usted esos aspectos?

–Yo no dosifico nada. La autenticidad sé reconocerla pero ¿dónde se estudia eso? Creo que es algo innato.

–“El principal enemigo de la creatividad es el buen gusto”, Picasso *dixit*.

–Claro. Porque quita muchísimo terreno a lo imprevisto, que aparece en los lugares más inusitados. Suscribo la frase. No como única posibilidad, pero estoy de acuerdo con ella.

–Habiendo estudiado piano, ¿se ha acompañado en alguna ocasión desde el teclado?

–Una sola vez y el resultado fue pésimo porque me puse muchísimo más nerviosa que nunca.

–¿Ni en *petit comité*, con amigos?

–No, porque soy muy pudorosa. Para cantar necesito público, no amigos como público.

–Comentaba hace unos días su querida Berganza: “sin el público no somos nada”.

–Así es. Sobre todo en el caso de los intérpretes, sin él no seríamos nada.

–Pues anote estas palabras de Judy Garland: “el público es quien me mantiene viva.” ¿Cuál es su relación con el respetable?

–Intensísima. El público es quien te exige. La situación que se crea frente a él es similar a cuando estás enamorada: siempre vigilante, con

la necesidad de ser extraordinaria. Y haces por él cosas que por ti misma no harías.

–¿Qué canción le habría gustado que escribieran para usted, *La vie en rose* o el *Non credere*, que popularizó Mina?

–Quizá *La vie en rose*, siempre y cuando no la hubiera cantado la Piaf. (Risas.)

–¿Se reserva parcelas de tiempo para usted misma?

–Claro. Hay que reconstituirse; hay que recomponerse.

–Se define como individualista solidaria.

–Sí. Y podría añadir generosa.

–Parece hermética. ¿Lo es, o simplemente oculta así su timidez?

–No. La timidez la intento compensar de otra manera.

–¿En ningún caso pasota? Eso que canta: “no me importa nada nada” ¿no es cierto?

–No. Nada nada, no. No me importa nada lo que no me gusta. Entonces, paso.

–¿Fuerte, valiente?

–Las dos cosas.

–Dice Vinicius de Moraes “la vida es el arte del encuentro”.

–¡Jo! ¡Es que los grandes dicen unas cosas! Lo que él llama arte del encuentro es lo que luego tú intentas explicar como casualidades-causalidades. Así lo entiendo yo.

–Imitando la Samba de las bendiciones del mismo Vinicius, ¿a qué personas que han estado en su vida bendeciría?

–A toda aquella gente que es capaz de dar sin esperar nada por ello.

–¿Almodóvar estaría entre los beneficiados?

–Sí, yo a Pedro le estaré siempre agradecida. Me da igual lo que

«Cuando cantas una canción ajena, pasa a ser tuya»

pase, lo que sea, lo que es, en lo que se convierta... Yo le guardaré agradecimiento eterno.

–¿Le habría gustado ser una chica Almodóvar en la pantalla? Madera tiene.

–No, porque nunca me ha gustado ser chica de nadie. Quizá sueñe arrogante, pero no me gusta ser de nadie. Ni mujer ni nada de nadie. Como mucho, hija de José Casal y de Matilde Paz. Hasta ahí.

–Recordando a Violeta Parra. “Gracias a la vida que me ha dado tanto...” Hasta sustos le ha dado a usted.

–(Ríe.) Sí. Pero me ha dado más que sustos, con lo cual eso no sería lo más destacable.

–En la canción que le dedica a ese cáncer que le ha producido dos sobresaltos, lo menciona como “la rival que elegí”.

–Todo forma parte de un proceso. A los regalos también cuesta a veces llegar. Tienes que romper muchas cintas, muchos papeles...

–¿Qué ha aprendido de esa amistad?

–Que soy más fuerte que ella.

–A veces se gana, las más se pierde, canta usted. Y esta vez ha ganado.

–Así es.

–Superado el trago, ¿se siente más vulnerable o más fuerte?

–mmmm... (Dubitativa...) Me considero fuerte, pero esa fragilidad la he conocido y sé que en cualquier momento puede reaparecer.

–En palabras suyas: “mucho le temo al dolor, si es terrenal”.

–Sí.

–También “cuanto más normal es la muerte para uno, más preparado está para ella”.

–Naturalmente. Aunque esas palabras pertenecen a dos canciones diferentes que compuse en dos épocas distintas de mi vida que no tienen que ver con el presente, sigo pensando lo mismo que escribí en aquellos momentos. ●